

Y Jacobo salió, visiblemente encantado de tener tan buen pretexto para no llevarme consigo.

Pero no había tenido tiempo de llegar á la escalera, cuando subiendo de nuevo, se me presentó, casi sin aliento:

—Daniel,—me dijo,—¿si tuvieses zapatos y una chaqueta presentable, me acompañarías?

—¿Por qué no?

—Pues bien, vente conmigo... vamos á comprar lo que necesitas, y luego iremos «allá abajo».

No pude menos de mirarle estupefacto.

—Estamos á fin de mes y tengo dinero,—añadió para acabar de decidirme.

Era tal el deseo que sentía de ponerme trapos nuevos, que no me fijé en la emoción de Jacobo ni en el tono singular de sus palabras. Sólo más tarde pensé en eso. De momento le dí un estrecho abrazo, y salimos para casa de Pierrotte, pasando antes por el Palais-Royal, donde me vestí de nuevo en una de las prenderías establecidas allí.

VI

La novela de Pierrotte

Si le hubiesen augurado á Pierrotte, cuando tenía veinte años, que había de suceder al señor Lalouette en el comercio de porcelana y que tendría doscientos mil francos en poder de su notario! ¡Pierrotte tener notario, á más de una soberbia tienda en la esquina del pasaje del Salmón, se habría quedado bizeo!

A los veinte años aun no había salido de su pueblo; llevaba toscos zuecos de abeto de la Cévennes, no sabía una maldita palabra de francés y ganaba cien escudos al año cuidando gusanos de seda; eso sí, trabajador incansable, le gustaba bailar la «chamarasca», cantar, divertirse y bromear de buena manera por supuesto y sin detrimento de los fisioneros; como todos los mocos de su edad, tenía

su correspondiente novia, á quien solía ir á esperar los domingos á la salida de visperas, para llevarla á bailar gavotas bajo los morales. La novia de Pierrotte llamábase Roberta. Era la tal una hermosa y fornida gusanillera de dieciocho abriles, huérfana y pobre como él; pero que sabía leer y escribir correctamente, lo cual, en aquella comarca, es quizás más raro que una buena dote. Muy ufano con su Roberta, Pierrotte contaba casarse con ella así que hubiese salido de quintas; pero llegado el día del sorteo, á pesar de haber zambullido por tres veces consecutivas la mano en la pila del agua bendita antes de ir á sacar el número, el pobre cenevol sacó el 4... Debía partir sin remisión... ¡Qué desconsuelo!... Por dicha suya, allí estaba la señora Eyssette, que había sido amamantada y casi educada por la madre de Pierrotte: la señora Eyssette adelantó los dos mil francos á su hermano de leche, para comprar un sustituto. ¡Oh! En aquellos tiempos, la familia Eyssette nadaba en la abundancia... El bienhadado Pierrotte se libró, de este modo, de ir al servicio, y pudo casarse con su Roberta; pero como estas buenas gentes lo que deseaban ante todo, era devolver el dinero á la señora Eyssette, convencidos de la imposibilidad de reunirlo si se quedaban en el pueblo, tuvieron el valor de expatriarse, yéndose á París en busca de fortuna.

Transcurrió un año sin que se oyera hablar de nuestros montañeses; pero una mañana, la señora Eyssette recibió una carta muy tierna, suscripta así: «Pierrotte y su consorte», incluyendo trescientos francos, primer fruto de sus economías. Al año siguiente, nueva carta de «Pierrotte y su consorte», con un nuevo envío de quinientos francos. Al tercer año, nada. Sin duda, los negocios no marchaban bien. Al cuarto año, tercera carta de «Pierrotte y su consorte», con un último envío de mil doscientos francos, y un sin fin de bendiciones para la familia Eyssette. Desgraciadamente para nosotros, la llegada de esta carta coincidió con el desmoronamiento de la casa; á la sazón acabábamos de vender la fábrica, y también nosotros estábamos en vías de emigrar del pueblo... En medio de tantas tribulaciones, la señora Eyssette no se cuidó de contestar á «Pierrotte y su consorte», y desde entonces dejamos de tener noticias suyas, hasta que Jacobo, al llegar á París,

dió con el buen Pierrotte; mas ¡ay! sin su mujer, instalado en el mostrador de la antigua casa Lalouette.

Nada menos poético, pero nada más interesante, que la historia de esta fortuna. Al llegar á París, la mujer de Pierrotte se puso sin vacilar á hacer faenas domésticas... La primera casa en que entró, fué precisamente la de Lalouette. Eran éstos, unos ricos comerciantes avaros y maniáticos, que nunca quisieron tomar dependiente ni criada, puesto que es siempre mejor hacérselo todo uno mismo («Caballero, hasta los cincuenta años, yo mismo me hice los calzoncillos», decía el tío Lalouette con vanagloria); y sólo en su vejez se permitieron el lujo aparatoso de tomar una mujer para las haciendas, por doce francos al mes. ¡Dios sabe si los valía su trabajo! La tienda, la trastienda, una habitación en el cuarto piso, dos cubos de agua al día para la cocina... francamente, era preciso haber venido de la Cévennes para apechugar con tales condiciones; pero ¡bah! la cenevola era joven, pizpireta, dura para el trabajo y robusta como una novilla; en un periquete despachaba todos estos quehaceres, que no eran flojos, y por añadidura mostraba siempre á los dos viejos una cara de Pascuas que por sí sola valía más de doce francos... A fuerza de buen humor y ánimo, la intrépida montañesa acabó por ganarse el corazón de sus amos. Estos se interesaron por ella, hiciéronla charlar y un día, espontáneamente,—pues hasta los corazones más secos tienen súbitas florescencias de bondad, el viejo Lalouette brindóse á adelantar algún dinero á Pierrotte, para que pudiese ingeniarse, emprendiendo el negocio que mejor le pluguiera.

¿Queréis saber cual fué la idea de Pierrotte? Adquirió una borrica vieja y un carrito y empezó á recorrer París en todos sentidos clamando á grito pelado: «Quién se deshace de trastos viejos!» Inútil decir que el perillán no vendía nada; al revés, compraba... ¿Y qué? Todo lo imaginable. Frascos rotos, hierro viejo, papeluchos, cascos de botella, muebles fuera de uso que si se venden nada reportan, los galones que rehusan los marchantes del ramo, todo aquello que sin valer nada se guarda en casa por hábito ó por negligencia y que no rinde utilidad alguna: en suma todo lo que estorba y embaraza... Pierrotte no hacía ascos á nada, todo lo compraba ó á lo menos lo aceptaba, pues las más veces no se lo vendían, se lo regalaban, para

quitárselo de enmedio. «¡Quién se deshace de lo que estorba!»

El cenevol llegó á hacerse popular en el barrio de Montmartre. Al igual que los negociantes callejeros, que lo que procuran ante todo es dejarse oír clara y distintamente á través del rumoroso clamoreo de la vía pública, había ideado una cantinela típica y especial que todas las amas de casa no confundían con otra alguna... Consistía en gritar con voz formidable: «¡Quién se desha...a...a...ce de traaastos viecejos!» Y luego con tono lento y plañidero dirigía un discurso á su borriquita, á su Anastagilda que por tal nombre la designaba, creyendo llamarla Anastasia.—«Vaya, Anastagilda, hija mía, adelante...» Y la buena Anastagilda, con la cabeza caída, pasaba rozando las aceras con aire melancólico, mientras de todas las casas llamaban: «¡Pst!... ¡Pst!... ¡Anastagilda!...» El carrito en tanto iba llenándose; daba gusto de veras, y cuando ya no cabía nada más en él, Anastagilda y Pierrotte iban á Montmartre á vaciar el cargamento en casa de un trapero en grande escala, quien pagaba en buenas monedas aquellos trastos adquiridos por nada ó casi nada.

Verdad que con esta tarea no hizo Pierrotte un fortuna; pero se ganó la vida holgadamente. Al primer año pudo resarcir á los Lalouette y enviar trescientos francos á la señorita—así llamaba Pierrotte á la señora Eyssette como cuando era soltera, y nunca supo nombrarla de otro modo.—El tercer año no fué muy bueno. Era el año 1830. Ya podía desgañitarse el buen Pierrotte gritando: «Quién se deshace de trastos viejos»; los parisinos, hartos ocupados en deshacerse de un antiguo rey que no les estorba poco, maldito el caso que hacían de la cantinela de Pierrotte, y el pobre cenevol, por más que echara el alma por la boca, retirábase todas las noches con el carrito exhausto.

Para colmo de desventuras, murió Anastagilda. Entonces fué cuando los Lalouette, cada vez más imposibilitados de hacérselo todo, propusieron á Pierrotte admitirle en su casa en calidad de mozo de almacén. Pierrotte aceptó la oferta con mil amores; pero no hubo de conservar por mucho tiempo su modesto empleo. Desde que estaba en París, su mujer todas las noches le enseñaba á leer y escribir, de suerte que ya sabía hacer una carta y expresarse en francés de un modo bastante inteligible. Al entrar

en la tienda Lalouette, redobló sus esfuerzos y concurrió á una clase de adultos para tomar lecciones de aritmética, haciendo tales progresos, que á los pocos meses reemplazaba al señor Lalouette, que casi se había vuelto ciego, en el escritorio, y en el mostrador á su señora, cuyas piernas cada día más endebles se revelaban contra sus esfuerzos. En esto vino al mundo la señorita Pierrotte, y á partir de este momento, fué aumentando la fortuna del cenevol. Interesado en el negocio de su principal, á poco llegó á ser su consocio, y cuando el tío Lalouette perdió la vista por completo, retiróse del comercio, cediendo la tienda á Pierrotte, por una cantidad alzada á pagar por anualidades. Solo y libre, imprimió el cenevol tal desarrollo á los negocios, que á los tres años liquidó con los Lalouette y se encontró libre de deudas, al frente de una hermosa tienda admirablemente surtida y acreditada... Por aquel entonces, y cual si hubiese esperado el preciso momento en que su marido podía pasarse sin ella, la pobre Roberta enfermó y murió de extenuación.

Tal es la novela de Pierrotte, según el relato que me hizo Jacobo aquella noche, mientras nos encaminábamos al pasaje del Salmón, y como quiera que el camino no era corto,—habíamos dado un gran rodeo para que los parisinos pudiesen admirar mi chaqué nuevo,—tuve ocasión de conocerle á fondo, antes de llegar á su casa. Supe además que los dos ídolos que Pierrotte colocaba por encima de todos y de todo lo del mundo eran su hija y el señor Lalouette. Averigué también que era un poquito parlanchín y algo pesado, que hablaba con suma lentitud, rebuscando las frases y tartajando un tantico, y que no podía hilvanar tres pobres palabras, sin intercalar con ellas un: «Es el caso de decirlo»... Esto se debía en primer término á que el cenevol jamás había podido hacerse á nuestro idioma. Todos sus pensamientos le llegaban al borde de los labios en «patuá» del Languedoc, viéndose obligado á traducirlos al francés, y así ese «Es el caso de decirlo» con que esmaltaba todos sus discursos, le daba tiempo para cumplir mentalmente aquel trabajo. Jacobo decía muy bien: «Pierrotte no habla, traduce»... Respecto á la señorita Pierrotte no pude saber sino que tenía dieciseis años y se llamaba Camila: en este capítulo, Jacobo era mudo como un sollo

Cerca de las nueve serían cuando entramos en la antigua casa Lalouette. Ya iban á cerrar. Pernos, tablas, barras de hierro, todo un formidable aparejo de clausura yacía amontonado en la acera junto al portal entreabierto. El gas estaba apagado y la tienda á oscuras, excepto el escritorio, en el cual brillaba una lámpara de porcelana iluminando varias pilas de monedas y un rostro ancho, rubicundo y risueño. Al fondo, en la trastienda, se oía el són de una flauta.

—Buenas noches, Pierrotte,—exclamó Jacobo plantificándose ante el escritorio. (Yo permanecía á su lado dentro del foco de luz que despedía la lámpara.)—Buenas noches Pierrotte.

Pierrotte, que estaba sacando sus cuentas, á la voz de Jacobo alzó los ojos, y al divisarme, lanzó un grito, juntó ambas manos y permaneció un rato mirándome estupefacto y con la boca abierta.

—Vaya,—dijo Jacobo con aire de triunfo,—¿no os lo había dicho?

—¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!...—murmuró el buen Pierrotte,—si me parece que... Es el caso de decirlo... sí, vaya, como si la viera...

—Los ojos sobre todo,—repuso Jacobo;—miradle los ojos, Pierrotte.

—Y la barba también, señor Jacobo; la barba con el ho-yuelo,—respondió Pierrotte levantando la pantalla de la lámpara para verme mejor.

Yo no sabía de lo que hablaban. Entrambos no hacían más que mirarme y remirarme, guiñar el ojo y hacerse señas... De improviso Pierrotte se levantó, salió del escritorio y vino á mí con los brazos abiertos:

—Con su permiso, señor Daniel: quiero abrazarle... Es el caso de decirlo... Se me figura que abrazo á la señorita.

La última palabra me lo aclaró todo. Entonces, me parecía mucho á la señora Eyssette, y para Pierrotte, que no la había visto hacía veinticinco años, el parecido debía ser aún más sorprendente. El buen hombre no se cansaba de estrecharme las manos, abrazarme y contemplarme con ojos llorosos: nos habló en seguida de nuestra madre, de los dos mil francos, de su Roberta, de su Camila y de su Anastagilda de un modo tan difuso y empleando tales re-

Poquita Cosa.—10

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA DE MONTERREY
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

dundancias, que, de fijo, aun nos estaríamos (es el caso de decirlo) allí en el almacén, escuchándole, si Jacobo no le hubiese advertido con tono de impaciencia:

—¿Y la caja, Pierrotte?

—Tenéis razón, Jacobo, tenéis razón... Cuando tomo las cartas, no sé dejarlas... y luego la chica... es el caso de decirlo... la chica me riñe porque subo tarde.

—¿Está arriba, Camila?—preguntó Jacobo con disimulada indiferencia.

—Sí, señor Jacobo, sí, la chica está arriba... La pobre ha tiempo que suspira... es el caso de decirlo... suspira por conocer al señor Daniel... Subid á verla... Yo en tanto arreglaré la caja... y estoy en seguida con ustedes... es el caso de decirlo.

Sin querer oír más, Jacobo me cogió del brazo y me condujo hacia el fondo, donde se oía tocar la flauta... La tienda de Pierrotte era vasta y bien surtida. Brillaban en la sombra los vientres de las botellas, globos opacos, el oro leonado de la cristalería de Bohemia, grandes copas de cristal, soperas ventrudas, y á derecha é izquierda enormes pilas de platos hasta llegar al techo: aquello era el palacio de la hada Porcelana visto de noche. En la trastienda ardía un mechero de gas medio abierto, sacando una pizca de lengua con aire aburrido. No hicimos más que pasar. Allí sentado en el borde de un canapé, un mozo rubio y fornido tocaba la flauta melancólicamente. Jacobo, al pasar, díjole: «Buenas noches», con desabrimiento, y el joven rubio contestó con dos pitadas desabridas también, lo cual juzgué que sería una manera especial de saludarse que tendrán las flautas, cuando no quieren bien.

—Es el dependiente,—me dijo Jacobo al llegar á la escalera.—No has visto un tipo más cargante, siempre con la flauta en los hocicos. ¿Te gusta la flauta, Daniel?

Ganas tuve de preguntarle:

—¿Y á la chica le gusta?

Pero no lo hice para no disgustarle, limitándome á responderle:

—No, Jacobo, ¡qué ha de gustarme!

Pierrotte tenía su habitación en el cuarto piso de la misma casa. La señorita Camila asaz aristocrática para aparecer en la tienda, permanecía arriba todo el día, sin ver á su padre más que á las horas de ir á la mesa,

—Ya verás, ya verás,—me decía Jacobo mientras subíamos;—que bien puesta tienen la casa, y con qué regalo viven... Camila tiene una dama de compañía, la señora viuda Tribou, que no la deja á sol ni á sombra... Ignoro de donde procede esa señora Tribou; pero Pierrotte la conoce y pretende que es una señora de gran mérito... Llama, Daniel, ya hemos llegado.

Llamé en efecto, y vino á abrirnos una cevenola que llevaba una gran cofia, sonrió á Jacobo como conocido antiguo en la casa y nos introdujo en el salón.

La señora Pierrotte se hallaba sentada al piano: dos señoras algo gruesas, la señora Lalouette y la viuda Tribou, señora de gran mérito, jugaban á las cartas en un rincón. Al vernos entrar se levantó todo el mundo: hubo un momento de desorden y turbación, hasta que, cambiados los debidos saludos y hechas las correspondientes presentaciones, Jacobo invitó á Camila (la llamaba Camila á secas), á volver al piano, y la señora de gran mérito aprovechó esta coyuntura para proseguir la partida empeñada con la señora Lalouette. En cuanto á nosotros nos sentamos uno á cada lado de la señorita, que á la vez que con sus deditos martilleaba las teclas del piano, charlaba y reía con nosotros. Mientras hablaba, púseme á contemplarla: no era bonita. Blanca y sonrosada, tenía las orejas muy pequeñas y el pelo muy fino; pero era demasiado modesta y rebosaba salud por todos los poros: únanse á esto unas manos muy coloradas y algo de esa gracia sosa propia de una colegiala en vacaciones. En suma, la hija de Pierrotte era una flor de montaña, criada bajo los cristales del pasaje del Salmón.

Tal fué, cuando menos, la primera impresión que su presencia me produjo; pero de repente, á una palabra que le dirigí, la señorita Pierrotte, que hasta entonces había tenido los ojos bajos, los fijó en mí lentamente, y como por arte de magia desapareció la niña burguesa. Desde entonces ya no ví más que sus ojos, dos ojos grandes, negros, deslumbradores á los que reconocí en seguida.

¡Oh prodigio! Eran los mismísimos ojos negros que tan dulcemente brillaban para mí, allá entre los lóbregos muros del antiguo colegio, los ojos negros de la enfermería, los ojos negros supeditados á la bruja de los espejuelos,

los ojos negros en fin... Creía estar soñando y me venían ganas de exclamar:

—¡Ah! ¿con qué sois vosotros, hermosos ojos negros?... ¿Cómo es posible que ahora vuelva á encontraros, colocados en otro semblante?

¡Oh, si supiéseis hasta qué punto eran los mismos! Imposible equivocarse. Las mismas pestañas, el mismo brillo, aquel mismo fuego obscuro y concentrado... ¡Locum pensar que pudiera haber en el mundo dos pares de ojos tan iguales! Y además, prueba de que eran los mismos y no otros, es que ellos también me reconocieron en el acto, y ya nos disponíamos á reanudar uno de aquellos tiernos y mudos coloquios de otros tiempos, cuando advertí á mi lado, casi á flor de oído, un rumor como de dientes de ratón mascando... Volví la cabeza y sentado en un sillón en el ángulo del piano, ví un nuevo personaje en el cual no me había fijado en un principio. Era un vejete alto, flacucho y macilento, de cabeza de pájaro, frente achatada, nariz puntiaguda y ojos redondos y muertos, muy apartados de la nariz, casi en las sienas... Si no hubiese tenido en la mano un terroncito de azúcar que picoteaba con singular deleite, se habría dicho que dormía. Turbado por la aparición de este fantasma, hícele un gran saludo que él no me devolvió.

—No lo estrañes, no te ha visto,—me dijo Jacobo.—Es el ciego... El tío Lalouette.

—¡Y qué bien le cuadra el apellido! (1)—pensé entre mí.

Y para no ver por más tiempo al viejo de la cabeza de pájaro, me volví del lado de los ojos negros; pero ¡ay! se había disipado el encanto: los ojos negros habían desaparecido. Ocupaba su sitio una niña vulgar, rígida y envarada, en el taburete del piano.

En este instante se abrió la puerta del salón y apareció Pierrotte alegremente. El flautista iba tras él con su instrumento debajo del brazo, y Jacobo, al verle, fulminó contra él una mirada capaz de dar en tierra con un búfalo; pero debió errar la puntería, pues el flautista no pestañeó siquiera.

—¿Cómo va, chiquilla?—dijo el cenevol, besándola es

(1) Lalouette.—*La Alouette*

plenas mejillas.—¿Estás contenta?... Por fin te hemos traído á tu Daniel... ¿Qué tal te parece? Guapito; ¿verdad?... Es el caso de decirlo... el vivo retrato de su madre.

Y ya tenemos al buen Pierrotte volviendo á empezar la escena del almacén, llevándome, mal de mi grado, hasta mitad del salón, para que todo el mundo viese los ojos de la señorita, la nariz de la señorita y la barba con el hoyuelo de la señorita... Mucho me contrariaba semejante exhibición. La señora Lalouette y la dama de gran mérito interrumpieron la partida y arrellenadas en sus respectivos sillones, me examinaban con la mayor imperturbabilidad, encomiando ó deprimiendo en alta voz tal ó cual fragmento de mi persona, como si se tratase de un pollo puesto en venta en el mercado de la Vallée. Y aquí entre nosotros, la señora de gran mérito tenía trazas de ser muy inteligente en volatería tierna.

Afortunadamente Jacobo puso término á este suplicio diciendo á la señorita Pierrotte que tocara algo.

—Eso es, toquemos algo,—dijo el flautista con viveza adelantándose con la flauta en ristre.

Jacobo exclamó:

—No, á duo no... nada de flauta.

Por lo que el mozalvete disparó sobre Jacobo una mirada de sus ojos azules claros, envenenada como flecha de caribe; pero mi hermano continuó diciendo sin titubear:

—No estamos para flautas...

Por último se salió Jacobo con la suya y la señorita Pierrotte tocó, sin acompañamiento, uno de esos conocidos trémolos que llevan el nombre de «Réviers de Rosellen»... Pierrotte lloraba de admiración, Jacobo nadaba en éxtasis y el flautista, con los labios en su instrumento, marcaba el compás con los hombros y tocaba interiormente.

Terminada la pieza, la señorita Pierrotte se volvió hacia mí:

—Y usted, señor Daniel,—me dijo bajando los ojos,—¿no nos dejará oír algo?... Ya sabemos que es usted poeta.

—Y un gran poeta,—añadió el indiscreto Jacobo.

No hay que decir cuán poco me tentaba la idea de leer versos ante aquel conjunto de amalacitas... Si á lo menos hubiesen estado allí los ojos negros... Pero, no. Una hora hacía que los ojos negros se habían eclipsado y yo los

Buscaba en vano á mi alrededor. Era de ver el desabrimiento con que contesté á la joven Pierrotte:

—Por esta noche, perdone usted, señorita, me he dejado la lira en casa.

—Pues otro día no se olvide usted de traerla,—me dijo el buen Pierrotte que había tomado la metáfora al pie de la letra.

El buen hombre llegó á figurarse que tenía una verdadera lira y la tocaba al igual que la flauta su mancebo... ¡Ah! no en vano me había prevenido Jacobo sobre la indole chavacana de aquella tertulia.

A eso de las once sirvieron el té. La señorita Pierrotte iba y venía por el salón ofreciendo azúcar y vertiendo leche, con la sonrisa en los labios y el dedo meñique levantado. Entonces fué cuando volví á divisar los ojos negros. Se me aparecieron de improviso luminosos, llenos de atractivos, y se eclipsaron de nuevo sin darme tiempo de hablar. Sólo entonces comprendí que se encarnaban dos seres distintos en la señorita Pierrotte: la señorita Pierrotte propiamente dicha, una joven vulgar, de tocado cursi, hecha exprofeso para reinar en la antigua tienda de Lalouette; y luego los ojos negros, esos ojos grandes y poéticos que se abrían cual dos flores de terciopelo, y que con su sola aparición transfiguraban aquel hogar de ridículos quincalleros. Por nada del mundo hubiera querido á la señorita Pierrotte; pero á los ojos negros... ¡Oh, los ojos negros!...

Llegó la hora de despedirnos, y la señora Lalouette fué quien dió la señal. Envolvió á su marido en un enorme tapabocas y se lo llevó poco menos que debajo del brazo, como una vieja momia rodeada de bandeletas. Tras ellos nos fuimos nosotros, si bien Pierrotte nos retuvo aún mucho tiempo en la escalera, con sus interminables discursos:

—¡Ah!... señor Daniel, ahora ya sabe usted la casa, espero que volveremos á verle por acá... No encontrará usted una gran concurrencia; pero eso sí, escogida siempre... es el caso de decirlo... En primer término los señores Lalouette, mis antiguos amos, luego la señora Tribou, ¡oh! una señora de mérito superior, con la cual podrá usted echar un párrafo... luego mi dependiente, un buen muchacho á carta cabal, que á veces nos toca la flauta... toma

y es el caso de decirlo... Podrá tocar a dúo con usted... ¿no es cierto?...

Objeté tímidamente que por estar muy ocupado, quizás no podría ir con tanta asiduidad como deseaba...

Esto le hizo reír en extremo.

—¡Ocupado! ¿Con qué ocupado, eh?... ¡Ah!... Harto sabemos en qué consisten las ocupaciones del barrio Latino... es el caso de decirlo... vamos á ver, ¿hay griseta de por medio?...

—La verdad,—dijo Jacobo riendo también,—es que á la señorita Cucú-Blanc no le faltan atractivos.

El nombre de Cucú-Blanc dió creces á la hilaridad de Pierrotte.

—¿Cómo dice usted, señor Jacobo?... ¿Cucú-Blanc?... ¿Se llama Cucú-Blanc?... ¡Je, je, je!... Mire usted el niño... y á su edad...—y se detuvo aquí, al notar que su hija le escuchaba; pero desde abajo de la escalera aun se oían sus estentóreas risotadas que hacían retemblar el pasamanos.

—Vamos á ver, ¿qué te han parecido?—me preguntó Jacobo cuando estuvimos en la calle.

—El señor Lalouette muy feo, y la señorita Pierrotte encantadora.

—¿Verdad que sí?—preguntó el pobre enamorado con una ingenuidad que me hizo sonreír.

—Observo Jacobo, que te estás haciendo traición,—le dije cogiéndole la mano.

Aquella noche nos paseamos hasta muy tarde por los muelles. El río tranquilo y negro rodaba á nuestros pies, arrastrando á guisa de perlas; millares y millares de estrellas: gruñían las amarras de los barcos y daba gusto andar lentamente por la sombra, oyendo á Jacobo, hablándome de amor... Amaba con toda su alma, y sabía de un modo seguro, que no era correspondido.

—Entonces, amaré á otro.

—No, Daniel, antes de esta noche, no creo que haya amado á nadie.

—Antes de esta noche... ¿qué quieres decir con eso?

—¡Cáspita!... Que como tú tienes la suerte de que te ame todo el mundo... ella podría amarte también.

¡Pobre Jacobo! Era de ver su semblante triste y resignado, al proferir tales palabras. En cuanto á mí, para tran-

quillizarle, solté una gran carcajada, más fuerte de lo que quería.

—¡Demontrel... Pues no faltaba más... ¡Tan irresistible soy yo, ó es que esa señorita es muy inflamable?... Vaya, mamá Jacobo, cree que tan lejos está ella de mi corazón como yo del suyo, y si no tienes otro rival que te quite el sueño, ya puedes dormir tranquilo.

Al decir esto hablaba con toda sinceridad. Para mí no existía la señorita Pierrotte: en cuanto á los ojos negros, ya es distinto.

VII

La rosa encarnada y los ojos negros

Después de mi primera visita á la antigua casa Louette, dejé pasar algún tiempo sin volver por «allá abajo». En cuanto á Jacobo, éste cumplía fielmente sus peregrinaciones los domingos, inventando cada vez algún nuevo lazo en su corbata lleno de seducciones. La corbata de Jacobo era un poema, poema de amor ardiente y mudo, algo parecido á los selames orientales, á uno de esos ramos de flores emblemáticos que ofrecen los Bach'agas á sus enamoradas, con los cuales saben expresar todos los matices de su amorosa pasión.

Si yo hubiese sido mujer, las corbatas de Jacobo, con sus mil nudos que variaba hasta lo infinito, me hubieran impresionado más que una declaración. ¡Pero qué quería que os diga! la mujer no entiende de nada...

Todos los domingos sucedía lo mismo: al partir el pobre enamorado, nunca se olvidaba de decirme:

—Me llevo «allá abajo»... ¿Quieres venir, Daniel?

Y yo le contestaba invariablemente:

—Gracias, Jacobo... tengo que hacer...

Entonces salía á toda prisa, y yo me quedaba solo, completamente solo, encorvado sobre la mesa de elaborados versos.

Me había propuesto, pero muy seriamente, no volver á casa Pierrotte. Los ojos negros me daban miedo. Más de una vez decía: ¡Si vuelves á verlos, estás perdido y era en vano que yo me empeñase en esta resolución, aquellos endiablados ojos negros no podía apartarlos de la imaginación. Los veía por todas partes, pensaba en ellos de continuo, mientras trabajaba, cuando dormía. En todos mis papelotes habríais encontrado grandes ojos negros dibujados á la pluma, ceñidos de largas pestañas. ¡Era una obsesión!

¡Ah! cuando mamá Jacobo, con la mirada brillante de placer, partía dando zancadas hacia el pasaje del Salmón, luciendo en su corbata un lazo inédito, me acometían feroces tentaciones de precipitarme tras él por la escalera gritando:

—¡Espéramel

Pero no, una voz secreta resonando en el fondo de mi conciencia me advertía que obraría mal yendo «allá abajo», y tenía entereza bastante para permanecer en mi oficio y decir: Gracias, Jacobo... tengo que hacer.

Así pasó algún tiempo, y á la larga y con la ayuda de la musa, habría acabado por desterrar completamente los ojos negros de mi mente. Más cometí, por desgracia mía, la imprudencia de volverlos á ver, y todo se acabó, mi cabeza, mi corazón, todo fué suyo. He aquí en que circunstancias.

Desde su confidencia á orillas del río, Jacobo no había vuelto á hablarme de sus amoríos; pero por su continente, veía á las claras que aquello no debía marchar á medida de sus deseos. Todos los domingos, regresaba de la casa de Pierrotte siempre muy triste. Por la noche no hacía más que suspirar y suspirar... Si le preguntaba:

—Jacobo ¿qué tienes?

Me respondía bruscamente:

—Nada.

Pero yo comprendía en la manera de responderme que le pasaba algo. ¡El, un muchacho tan bueno y paciente, gastar ese malhumor para conmigo!... A veces me miraba con ceño, como si estuviésemos enfadados. Naturalmente, yo estaba seguro de que todo aquello era hijo de sus penas amorosas; pero como quiera que Jacobo se obstinaba en no decir nada, nada me atrevía á decirle yo tampoco, has-

ta que un domingo que volvía á casa más hosco que de costumbre, decidí sacudir aquel peso de mi corazón.

—Vamos á ver, Jacobo, ¿qué te pasa?—le pregunté cogiéndole las manos.—¿No marcha el negocio de allá abajo?

—No, no marcha...—contestó con decaimiento el pobre chico.

—Y pues ¿qué ocurre?... ¿Pierrotte ha descubierto algo? ¿Pretende contrariar vuestros amores?...

—¡Oh, Daniel! no es Pierrotte el que se opone... sino ella que ni me ama ni me amará nunca.

—¿Qué locura!... ¿Y en qué te fundas para asegurar que nunca te amará?... ¿Le has declarado á lo menos, tu querer? No, ya veo que no lo has hecho... Pues, entonces...

—La persona amada por ella no se lo ha dicho; no ha tenido siquiera necesidad de hablarle para ser amado...

—¿Es posible?... ¿Acaso el mancebo de la flauta?...

Jacobo hizo como si no entendiese su pregunta.

—La persona amada por ella, no se lo ha dicho siquiera,—repitió Jacobo.

Y no pude sacarle de aquí.

Aquella noche se durmió muy poco en el campanario de Saint-Germain.

Jacobo la pasó de claro en claro asomado á la ventana, mirando las estrellas y suspirando. Yo en tanto pensaba:

—¿Si yo fuese «allá abajo» para ver las cosas más de cerca?... Después de todo, Jacobo puede estar equivocado. Quizás la señorita Pierrotte no se ha fijado en el caudal de amor que hay en el lazo de la corbata de mi pobre hermano... Ya que Jacobo no se atreve á hablar de su pasión, quien duda que obraré muy santamente, rompiendo el hielo por él... Ya está dicho, iré á ver á esa joven filisteá, le hablaré y lo que fuere sonará.

Al día siguiente, sin decir nada á mamá Jacobo, puse en obra mi proyecto. Pongo á Dios por testigo de que al ir «allá abajo» no llevaba segunda intención. Iba por Jacobo, nada más que por Jacobo... No obstante, al divisar, en la esquina del pasaje del Salmón, la antigua casa Lalouette, con sus pinturas verdes y las letras «Cristales y Porcelanas» de la muestra, latíame el corazón de un modo, que hubie-ra debido ponerme sobre aviso... Entré; la tienda estaba

desierta; el hombre-flauta se hallaba comiendo en el fondo... y hasta en aquel momento seguía con su instrumento favorito al lado, sobre los manteles.

—¿Es posible, que Camila titubee entre esta flauta ambulante y mamá Jacobo?—me preguntaba mientras subía la escalera.—En fin, allá veremos.

Encontré á Pierrotte sentado á la mesa con su hija y la señora de gran mérito... Por fortuna, los ojos negros no estaban presentes. Gran exclamación de sorpresa cuando me vieron entrar.

—Helo aquí, por fin,—gritó Pierrotte con voz tonante.—Es el caso de decirlo... Va á tomar café con nosotros. Hiciéronme sitio: la señora de gran mérito fué á buscar una hermosa taza con flores doradas y me senté al lado de la señorita Pierrotte.

Muy linda estaba aquel día la señorita Pierrotte. En sus cabellos un poco caídos sobre la oreja, ahora ya no se colocan así, llevaba prendida una rosa encarnada; pero ¡qué encarnada! Aquí, para entre nosotros, yo creo que la tal rosa estaba hechizada, tan bien le sentaba á la joven filisteá.

—Y pues, señor Daniel,—me dijo el campechano Pierrotte, riendo afectuosamente,—¿qué le hemos hecho á usted que no quiere venir á vernos?

Traté de excusarme, alegando mis muchos trabajos literarios.

—Sí, sí, ya sabemos qué trabajos son esos en el barrio Latino,—dijo el cevenol. Y púsose á reír á más y mejor, mirando á la señora de gran mérito, la cual se daba por entendida con cierta tosecita. ¡Jem!... ¡Jem!... mientras que por debajo de la mesa, con su pie buscaba el mío. En concepto de aquellas buenas gentes, barrio Latino vale tanto como decir bacanales, músicas, máscaras, petardos, botellas al aire, noches de orgía y otras mil locuras. ¡Ah, cuánto no se habrían asombrado, si llego á contarles la vida de anacoreta que llevaba, metido día y noche en el campanario de Saint-Germain! Pero, ¿qué quieren ustedes! A los jóvenes no les disgusta eso de pasar por calaveras, de suerte que, ante las acusaciones de Pierrotte, tomé cierto aire de falsa modestia, sin defenderme apenas.

—No tanto, no tanto, se lo aseguro. No es lo que ustedes se figuran.

¡Cuánto se habría reído Jacobo á estar presente!

Cuando acabábamos de tomar café, se oyó en el patio un punto de flauta: esta era la manera que tenía el dependiente de llamar á su principal, y apenas el cenevol hubo vuelto las espaldas, la señora de gran mérito se fué á la cocina á jugar una partida con la criada. Yo creo, y quedábase esto para entre nosotros, que el mérito más grande de esta señora, consistía en saber barajar los naipes con sin igual destreza.

Al encontrarme á solas con la rosa encarnada, pensaba: Esta es la ocasión, y tenía ya el nombre de Jacobo en la punta de la lengua, cuando la señorita Pierrotte no me dió tiempo de hablar. De improviso, sin mirarme y en voz baja, me dijo:

—¿Será tal vez la señorita Cucú-Blanc la que le impedirá á usted venir á vernos?

Cree al principio que se chanceaba; pero no, hablaba formalmente, y á juzgar por el rubor que se asomaba á sus mejillas y por los fuertes latidos que agitaban su pañoleta, debía estar profundamente conmovida. Sin duda había oído hablar de Cucú-Blanc y se imaginaba cosas que no existían ni por pienso. Bien hubiera podido sacarla de error con una sola palabra; pero no sé que pique de vanidad tonta me contuvo... Al ver que no le respondía, la señorita Pierrotte se encaró conmigo y abriendo sus largas pestañas, que había tenido entornadas hasta entonces, me miró... Pero no, no era ella la que miraba, eran los ojos negros, aquellos ojos negros, húmedos de lágrimas y sobrecargados de reproches tiernos... ¡Ah, adorados ojos negros, delicia de mi alma toda!...

Aquello duró solo lo que una aparición. Las largas pestañas volvieron á entornarse en seguida, los ojos negros se eclipsaron y me encontré nuevamente al lado de la señorita Pierrotte. Entonces, listo, listo, á fin de evitar nuevas apariciones, púseme á hablar de Jacobo. Empecé haciendo resaltar su bondad de corazón, su lealtad, su generosidad, su honradez, ponderé su incansable abnegación, su espíritu maternal, atento siempre hasta el punto de que daría celos á una madre verdadera.

—Jacobo es quien me sustenta, me viste y me atiende en todo, sólo sabe Dios al precio de cuantas privaciones y de cuanto trabajo. Sin él, aun me estaría pudriendo allá

abajo, en aquella horrible mazmorra de Sarlande donde tanto, tantísimo había tenido que sufrir...

Al llegar aquí de mi alegato, me pareció notar que la señorita Pierrotte se enternecía, pues sorprendí furtiva lágrima resbalando por su mejilla. Figúrame que la detramaba por Jacobo, díjeme entre mí:

—Vaya, esto marcha.

Y redoblé mi elocuencia, hablando de las profundas melancolías de Jacobo y del amor misterioso que consumía sus entrañas. ¡Ah, diez veces, cien veces dichosa la mujer que...

Aquí la rosa que la señorita Pierrotte llevaba prendida en el pelo, cayó á mis plantas no sé cómo. Justamente en este momento preciso iba tanteando la manera de dar á entender á la joven, que ella era la mujer diez y cien veces dichosa, de quien estaba Jacobo enamorado. La rosa encarnada, al caer, me daba pie para ello. ¡Cuando digo que debía estar hechizada!... La recogí del suelo con presleza, pero me guardé muy bien de devolvérsela.

—Si no le sabe á usted mal, se la daré á Jacobo de su parte—dije á la señorita Pierrotte, insinuando una sonrisa delicada.

—Désela usted á Jacobo si así le place,—me contestó ella suspirando; pero al propio tiempo reaparecían los ojos negros y me miraban con ternura, cual si me dijeran:

—¡No, para Jacobo, no; es para tí!

¡Ah! ¡Si hubiéseis visto cómo lo decían, con qué inflamado candor, con qué pasión púdica, irresistible!... Y aún vacilé y titubeé; pero ellos seguían repitiendo:

—Sí, para tí... para tí... Entonces apliqué los labios á la flor y me la guardé en el pecho.

Aquella noche, cuando Jacobo regresó, hallóme encorvado como de costumbre sobre mi faena, y á mayor abundamiento le dí á entender que no había salido de casa en todo el día. Pero, por desgracia, al desnudarme, cayó rodando hasta los pies de la cama la rosa aquella que llevaba guardada en el seno: las hechiceras pecan siempre por sobrado maliciosas. Jacobo hubo de verla, la recogió, la contempló largo rato, y no sé, á fe mía, quién estaba más encarnado, la rosa ó yo.

—Bien la reconozco,—díjome al fin,—esta rosa ha veni-

do de «allá abajo», procede del rosal de la ventana del salón.

Y entregándomela, dijo:

—A mí nunca me ha dado ninguna.

Rebosaban estas palabras tal tristeza, que me asomaron las lágrimas á los ojos.

—Jacobó, querido Jacobó, júrote por lo más sagrado... No me dejó concluir.

—No te disculpes, Daniel,—me dijo con la mayor dulzura,—tengo la seguridad de que no has hecho nada en contra mía... no, tú no puedes hacerme traición. Al contrario, ya lo sabía, sí, sabía que eras tú á quien ella amaba. Recuerda sino lo que te dije un día: La persona amada por ella, nada le ha dicho; no ha tenido siquiera necesidad de decirle nada para ser amado.

El pobre muchacho púsose á andar por el cuarto descompasadamente mientras yo le contemplaba, inmóvil, silencioso y con la rosa en la mano.

—Ha sucedido lo que había de suceder,—repuso después de un momento de silencio.—Tiempo ha que lo tenía previsto: sí, sabía que si llegaba á verte, ya no se había de fijar en mí... ¿Comprendes ahora por qué pasé tanto tiempo sin llevarte «allá abajo» conmigo? Es que anticipadamente ya tenía celos de tí. ¡Perdóname... la amaba tanto! Por fin, un día quise tentar una prueba decisiva y te dejé venir... Aquel día, chico, comprendí que todo había concluído... Cinco minutos después de haber llegado, noté que te miraba como jamás haya mirado á nadie. Tú lo notaste también, no lo niegues, lo notaste. Y en prueba de ello, que has dejado transcurrir más de un mes sin volver por «allá abajo»; pero ¡ay infeliz de mí! de nada me ha servido... Almas como la suya no se entibian con las ausencias, al contrario... Cada vez que iba á visitarla, si de alguien me hablaba era de tí; pero con una confianza, con una ingenuidad, con un abandono, que me causaba un verdadero martirio... Ahora todo se ha acabado... Más vale así.

Jacobó prosiguió hablándome largo rato, con igual dulzura, con la misma sonrisa resignada. Sus palabras me producían á la vez pesar y gozo; pensaba al verle tan desgraciado, y gozaba al contemplar á través de cada una de sus frases, á los ojos negros brillando impregnados de

amor por mí. Al terminar me acerqué á él con aire tímido, pero sin soltar la rosa y le dije:

—¿Sabes lo que estoy temiendo, Jacobó? que ahora ya no me querrás.

Sonrió y apretándose contra su pecho:

—No seas tonto,—dijo,—ahora más que nunca.

Decía verdad. Aquella historia de la rosa no alteró poco ni mucho la ternura y casi diré el humor de mamá Jacobó. Creo que sufría horriblemente; pero jamás me lo dejó entrever. Ni un suspiro, ni una queja, nada. Continuaba lo mismo que antes yendo «allá abajo» los domingos y poniendo buena cara á todo el mundo, sin que se notara en él otra novedad que la supresión de los lazos de su corbata. Por lo demás, no perdió la calma, ni la noble altivez, se mataba trabajando y recorría valerosamente el camino de la vida, fijos los ojos en un solo objetivo, la reconstrucción del hogar de la familia... ¡Pobre Jacobó!... ¡Pobre mamá Jacobó!

En cuanto á mí desde que pude anfar á los ojos negros sin ambages ni remordimientos, lancé mi pasión á cuerpo descubierto. Me pasaba todo el día en casa de Pierrotte y había sabido ganarme el corazón de todos; pero ¡á precio de cuántas debilidades y humillaciones, Dios del cielo! llevando terrones de azúcar para el señor Lalouette, jugando á las cartas con la señora de gran mérito... no reparaba en nada... En aquella casa no me llamaba Daniel Eyssette, sino Deseo-de-agradar... Por lo común, el señor Deseo-de-agradar dejábase caer allí hacia el mediodía. A tales horas Pierrotte estaba en la tienda, y la señorita Camila arriba en el salón, con la señora de gran mérito. Desde que entraba se me aparecían los ojos negros y la señora de gran mérito nos dejaba solitos. La noble señora que había dado el covenol á su hija como dama de compañía, creíase exenta de servicio, apenas aparecía yo, y tras, tras, se iba á la cocina á tirar de la oreja á Jorge... Por supuesto que esto no me pesaba, ¡y cómo debía de sentir aquellas íntimas entrevistas con los ojos negros!...

¡Virgen santa, y qué felices horas he pasado en el salón junquillo!... Casi siempre llevaba un libro, uno de mis poetas favoritos, y leía largas tiradas de versos á los ojos negros que ó bien se humedecían ó chispeaban, según la fricción de los pasajes. En cuanto á la señorita Pierrotte, santa-

da á mi lado, ora bordaba unas babuchas para su padre, ora tocaba en el piano una de sus eternas «réveries» de Rosellen; más yo la dejaba bien tranquila, os lo juro. No obstante, á veces, en el punto más petético de nuestras lecturas, reaparecía la niña cursi formulando en voz alta una interrupción impertinente, como por ejemplo:—Tendré que enviar por el afinador.

O bien:

—¡Toma!... Me he saltado dos puntos del bordado.

Al oír tal, cerraba el libro lleno de despecho, con ánimo de no continuar; pero los ojos negros tenían un modo de mirarme, que en el acto me apaciguaba y proseguía.

Había tal vez no poca imprudencia en dejarnos solitos de aquella suerte en el salón junquillo. Calculad que ambos—los ojos negros y Deseo-de-agradar—apenas sí sumábamos treinta y cuatro años... Por fortuna allí estaba la señorita Pierrotte sin dejarnos á sol ni á sombra, y era la tal una vigilante muy fina, muy ducha y perspicaz, cual cumple á la guardia de un polvorín... Una vez,—me acuerdo perfectamente—los ojos negros y yo estábamos instalados en un canapé del salón. Era á primera hora de la tarde de un día templado de Mayo: la ventana estaba entreabierta y las grandes cortinas caídas hasta el suelo. Leíamos el «Fausto». Terminada la lectura, se me cayó el libro de las manos y permanecimos un instante el uno junto al otro, sin hablarnos, en medio de la penumbra y el silencio. Ella había apoyado su cabeza sobre mis hombros dándome ocasión de curiosear por su entreabierta pañoleta los dijes y medallas que brillaban en el fondo de su preciosa garganta... De repente surgió entre los dos la señorita Pierrotte y hubiérais visto con qué viveza me envió al otro extremo del canapé; y que homilia nos enjaretó:

—Muchachos, esto no está bien... Estáis abusando de la confianza que se os dispensa... Es necesario poner á papá al corriente de vuestros proyectos... Vamos á ver, Daniel, ¿qué día vais á hablarle?

Prometí hacerlo á la mayor brevedad, así que concluyera mi gran poema. Esta promesa apaciguó algún tanto á nuestra vigilante: pero en cambio desde el día aquel los ojos negros tuvieron vedado el sentarse en el canapé, junto á Deseo-de-agradar.

¡Ah! ¡La señorita Pierrotte era muy rígida! Calculen us

tedes que durante los primeros tiempos se oponía tenazmente á que los ojos negros me escribieran; pero por fin cedió, con una condición indeclinable, había que enseñarle la correspondencia y no se contentaba sólo con leer las cartas adorables, impregnadas de pasión que trazaban los ojos negros, sino que, de vez en cuando, ponía ella alguna frase de su cosecha, por el estilo:

—Esta mañana estoy muy triste... Me he encontrado con una araña en el armario. Araña por la mañana, designa pesadumbre.

O bien:

Huesos de melocotón en sueños, matrimonio desbaratado.

Y siempre el mismo estribillo:

Es necesario hablarle á papá.

Á lo que respondía yo invariablemente:

Cuando haya concluido el poema.

VIII

Una lectura en el pasaje del Salmón

Por fin terminé el famoso poema. Llegué al final después de cuatro meses de trabajo; me acuerdo que al hacer los últimos versos, ya no podía escribir, de tal modo las manos me temblaban de fiebre, de orgullo, de placer y de impaciencia.

En el campanario de San Germán, aquello fué un acontecimiento.

En aquella ocasión, mi hermano volvió á ser por un día el Jacobo de otros tiempos. Encuadernóme una magnífica libreta, empeñándose en copiar en ella todo el poema de su propio puño y letra, y á cada verso lanzaba un grito de admiración y pateaba de entusiasmo... En cambio yo tenía mucha menos confianza en mi obra... Jacobo me quería demasiado, y yo no me fiaba de su juicio. Yo hubiera deseado saber la opinión de alguna persona imparcial y segura... Pero, ¿á quién dirigirme, si no conocía á nadie?

Y eso que en el figón, lo que sobraban eran ocasiones de trabar conocimientos.

Poquita Cosa.—11